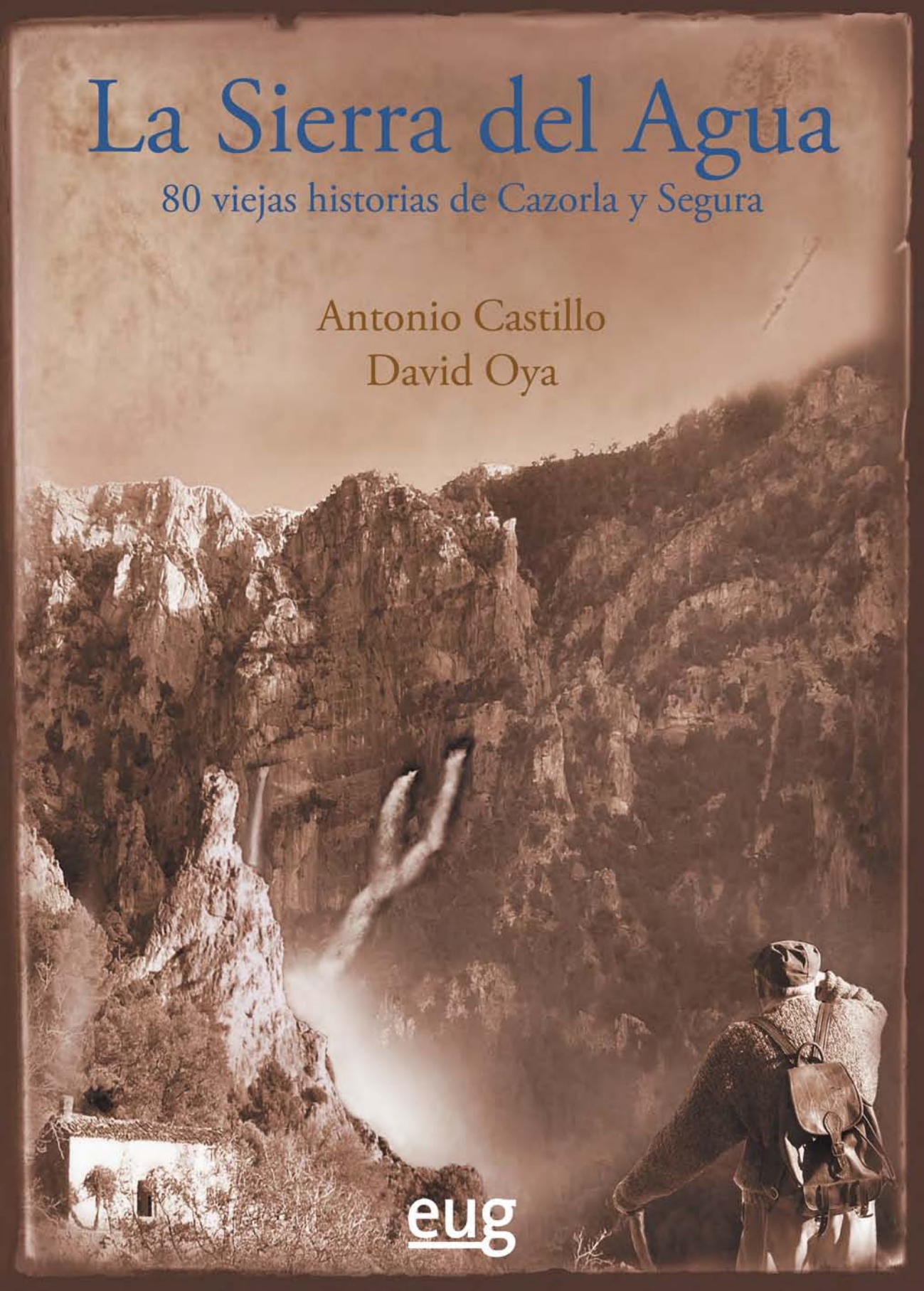


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Ataque de un jabalí herido en la fuente de Rambla Seca"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorra y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 56-60



9. Ataque de un jabalí herido en la fuente de Rambla Seca

Por Antonio Castillo



Un viejo y astuto jabalí fue el protagonista de esta historia, que tuvo lugar en la fuente de Rambla Seca (foto procedencia Antonio Castillo)

LOS JABALÍES machos, verracos, navajeros o solitarios, fueron muy respetados por los serranos antiguos (cuando los había, que durante un tiempo desaparecieron de la Sierra) porque de abuelos a nietos siempre se habían

dado noticias de percances con ellos, que en aquellos años de aislamiento solían ser mortales, si no por las heridas, si por las infecciones. Atacaban al verse heridos o acorralados por los mastines del ganado, un comportamiento de defensa (sus navajas se llaman defensas) instintivo y natural en ese animal. Hoy la gente les ha perdido en gran parte el respeto y el miedo, y prueba de ello son esas atracciones turísticas de darles de comer, o de permitir que entren en poblados a comer de las basuras. Todos los años son numerosos los percances con ellos, muchos por accidentes de tráfico y algunos por ataques.

Pues bien, un serrano pasaba los veranos en la casa de Rambla Seca, junto a la fuente del mismo nombre, en el arroyo del Infierno. Nuestro hombre cuidada con esmero unos arroyos de tomates, pepinos, pimientos y habichuelas que daba gloria verlos, hasta que un buen día comprobó con disgusto que un jabalí había entrado y levantado parte de las hortalizas. Pese a que el huerto estaba bardado con espino majoleto, el bicho había abierto un enorme boquete. Tras el disgusto inicial, el hombre reparó los desperfectos, tapó la tronera, y para más seguridad ató un saco de plástico en la trocha. Al retirarse, quedó satisfecho de la reparación y dio por solucionado el incidente. Efectivamente, el animal dejó de entrar, y el serrano se olvidó del asunto.

Pasaron los días, y por cuestiones de unos papeles que tenía que arreglar en el pueblo, debía ausentarse por un tiempo. Así pues, la tarde antes de marchar dio un riego abundante. A su regreso, el huerto daba pena verlo. El cochino, el mismo de la vez anterior por la huella dejada, intuyendo que el cortijo estaba vacío, se había dedicado noche tras noche a solazarse y hocicar en los arroyos y humedales, rompiendo surcos y hortalizas. La decisión la tomó sobre la marcha. Tenía que darle un escarmiento al cochino y, de paso, cobrase en carne para la orza las hortalizas malogradas.

Empezó a tomarle las entradas y salidas al bicho. Ahora el problema era mayor, porque no queriendo entrar por la tronera del saco, había abierto varios boquetes por diferentes lugares. También comprobó que el cochino no estaba fijo y que despreciaba las hortalizas, buscando solo

el hociqueo en el barro fresco. La pezuña marcaba honda y abarcaba la palma de su mano. Seguramente un viejo solitario, dotado de largas y afiladas navajas.

Como buen observador que era, había hecho algunas averiguaciones interesantes. Una de ellas es que el cochino solía entrar a la segunda noche después de meter las aguas. Y otra, es que por las señales dejadas sabía cual era su entrada habitual. Con estas valiosas informaciones, y como ya faltaba poco para la luna, dejó sin regar el huerto un tiempo, y llegado el día señalado metió las aguas en el huerto. Imaginaba que los efluvios a tierra mojada le llegarían esa noche al viejo cochino, y a la noche siguiente, si nadie lo remediaba, ambos se verían las caras.

Preparó el acecho tras los espinos de la cerca, a unos 15 metros de la gatera de entrada. Para facilitar la puntería había encharcado un antiguo cantero de patatas, desprovisto de matas, en el que había esparcido hojas de panizo para que resaltara la silueta a la luz de la luna.

Una ligera brisa le daba en la frente, con la luna muy alta a sus espaldas, cuando se fueron las últimas luces del día. Todo estaba perfecto. No tardó mucho en presentarse el bicho. Fue sentir el restregón en la gatera de espinos y como una aparición mostrarse frente a él una imponente mole negra. Hasta aquel momento se había mantenido muy entero, pero ante aquella visión se le metió un temblor por todo el cuerpo que no podía controlar. Para colmo, el animal se le quedó fijo, plantado frente a él, como presintiendo que algo no iba bien aquella noche. El serrano quedó literalmente paralizado. Si hubiera querido, no habría podido levantar la escopeta. Al poco, el cochino se tranquilizó, y empezó a moverse con parsimonia, yendo derecho hacia el canterillo de papas, donde relucía la luna en el agua encharcada. De este modo se le mostró de costado el cochino, que veía a simple vista como si fuera de día. Era el momento esperado después de tanto tiempo. Levantó lentamente la escopeta y al meter la cara a la culata comprobó, con horror, que no era capaz de afinar los puntos al codillo. El negro caño se confundía con el bicho, y apenas distinguía la raya de cal que había puesto para facilitar la puntería. Como mejor pudo, soltó el escopetazo. Al tiro, el animal se arreó contra la cer-

ca, abriendo sin ningún esfuerzo una tronera sobre la marcha. Al verse fuera del huerto, el jabalí se detuvo y respiró profundo. Para entonces, el serrano ya se había tranquilizado, y entendido que iba herido de muerte. Había roto por donde no tenía *bujero* y los suspiros tenían que ser estertores de agonía. Dejó pasar un tiempo prudencial y sin hacer ruido se retiró a la casa.

A la mañana siguiente, plenamente convencido de encontrarlo tieso allí mismo, se encaminó al lugar de los hechos. Al llegar, comprobó con estupor que el bicho no estaba, aunque podía seguir claramente un reguerillo de sangre. Había cogido un *gollizno* arriba que no tenía salida. Así es que con mucho cuidado, fue ascendiendo hasta que, con más sorpresa si cabe, llegó al final sin echarle la vista encima. Sólo sobresalía del terreno una *chapina* (enebrina rastrera).

El marrano, con toda la noche por delante, había ideado una trampa mortal. Sintiendo gravemente herido y pudiendo haber tomado un escape más cómodo, había elegido el pendiente *gollizno* sin salida. Su instinto le decía que su perseguidor iría tras él al venir el día. De esta forma, tendría que repechar, sin poderle entrar desde arriba y por el culo. En esas circunstancias, tenía controlado y dominado al perseguidor. Sólo tenía que hacer cama cara al hombre y porfiar que no viniera auxiliado por un perro. Y aunque la enebrina rastrera no era el mejor escondite, había hecho un cubil y aplastado de tal manera, que nuestro serrano no pudo percatarse del cochino hasta que literalmente éste se le echó encima.

No tuvo tiempo de nada. Tras darle una sucia colmillada a la altura de la ingle, se dejó caer el *gollizno* abajo desapareciendo en un santiamén. El hombre empezó a echarle voces a la mujer, que acudió con una sábana del cortijo. La hicieron tiras y de esa manera pudieron cortar, no sin dificultad, la hemorragia, formándose una bolsa de sangre que amenazaba con romperse y llevarse por delante la vida de aquel hombre en pocos minutos. Como pudo, se dejó caer al cortijo a coger su *Land Rover*.

De Rambla Seca fue trasladado a Cazorla, donde le hicieron las primeras curas, de allí al hospital de Úbeda, donde, viendo la gravedad del navajazo, lo derivaron para ser operado a Córdoba, en cuyo hospital te-

nían más experiencia en este tipo de cirugías por su proximidad a las monterías de Sierra Morena.

Según cuentan, se salvó de milagro, no muriendo desangrado por los efectivos remedios caseros aplicados con las tiras de sábana, y sobreviviendo también, como serrano viejo y duro que era, a las severas infecciones que sufrió en el penoso y largo postoperatorio que tuvo que soportar.

Con los años solo le quedó un calambre que le recorría la cicatriz del navajazo cuando venía un cambio brusco de tiempo o cuando, muy de tarde en tarde, le llegaba el tufo de un verraco montuno.

*En mi pueblo no se daba demasiada importancia a las cosas
y si uno se va, ya volverá;
y si uno enferma, ya sanará;
y si no sana, que se muera
y que le entierren*

MIGUEL DELIBES, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, 1969

